

Mario Muñoz

“Alberto Guaraldo. Un antropólogo italiano en Xalapa”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 70, octubre-diciembre de 2024, pp. 86-88.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

No sin alguna licencia, decíamos al principio, es dado considerar que cuando la Universidad Veracruzana inició, su radio ya estaba ahí. Un balance del estado del arte que guarda al día de hoy implica un espacio y esfuerzo que no corresponde a estas páginas. La radio universitaria ha transitado por la inanición y la indolencia; el resurgimiento, la calidad y el compromiso.

radio universitaria *inmemorial* –en el sentido de aquello que no se conoce cuándo empezó– aunque no exactamente *eterna*, como la Buenos Aires de Borges, que no tiene principio ni final.

No sin alguna licencia, decíamos al principio, es dado considerar que cuando la Universidad Veracruzana inició, su radio ya estaba ahí. Un balance del estado del arte que guarda al día de hoy implica un espacio y esfuerzo que no corresponde a estas páginas. La radio universitaria ha transitado por la inanición y la indolencia; el resurgimiento, la calidad y el compromiso; entre fieles audiencias naturales y sorpresivas nuevas audiencias. Tuvo producciones históricas y etapas de gran apoyo. Al día de hoy, como todas las radios públicas, enfrenta las exigencias que trajo consigo la reforma de la Ley de Telecomunicaciones y Radiodifusión de 2014 y aún no logra conciliarlas del todo con la vida y la normatividad institucional.

Se piensa en voces y en programas cuando se piensa en radio, pero la ingeniería y el cumplimiento de obligaciones inherentes a las concesiones son condiciones previas fundamen-

tales, por ejemplo. Los tiempos cambiaron y cambió el papel que Radio UV jugó hace 40 años. Entonces, por ejemplo y para empezar, no existía la radiodifusora del estado ni un marco normativo sólido ni cumplimiento estricto.

La radio, pues, es expresión de los meandros institucionales, con sus magníficos aciertos y yerros terribles, pero es universitaria y lo ha sido siempre: así se naturalizó al momento mismo de ser adscrita al Departamento Universitario, en 1943. Estaba al aire aún antes de ser inaugurada, como sucede con muchas iniciativas institucionales, y seguramente la inauguración de 1947 respondió más bien a una necesidad administrativa y de elemental orden. La radio ha estado desde 1944 –unas veces más, otras menos, con un *impasse* en los años 60– en, con y para la Universidad.

Por tanto, la celebración por el LXXX aniversario de sus respectivas fundaciones ha de ser mutua. **LPyH**

Edgar Onofre es jefe de Radio UV. Estudió Comunicación (UV) y Periodismo Político (Carlos Septién). Ganador del Premio Pabello de Periodismo (2004 y 2009).

Alberto Gualdo. Un antropólogo italiano en Xalapa

Mario Muñoz

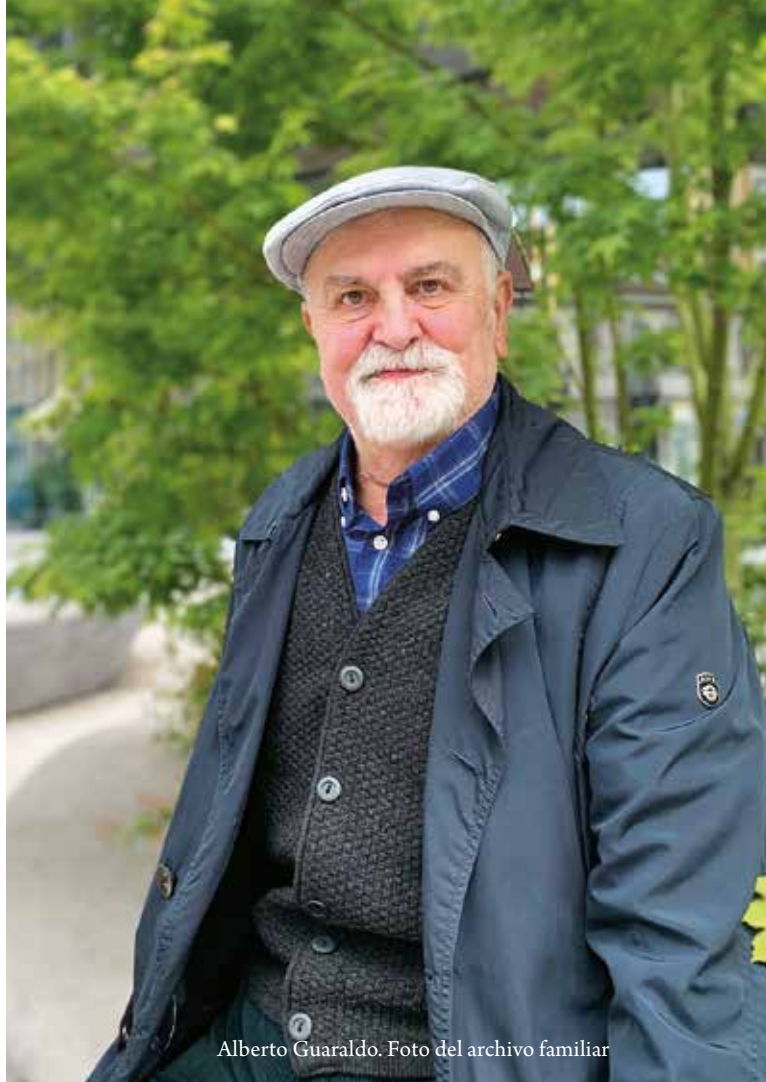
La muerte de mi entrañable amigo Alberto Gualdo (Turín, 25 de enero de 2024) me causó una fuerte conmoción que me hizo recordar las experiencias vitales compartidas en Polonia y que fueron trascendentales para nuestra formación ideológica y universitaria. Conocimos un mundo que literalmente ya desapareció y solo permanece reverberante en el recuerdo. Esa Polonia socialista de finales de los años sesenta, cuando suponía nuestra generación que el socialismo podría ser el único camino para construir una colectividad que superara la intolerancia, la opresión y las desigualdades económicas. Movidos por esta idea emprendimos, cada uno a su manera, una aventura en pos de lo que Cortázar y el Che Guevara denominaban “el hombre nuevo”.

Tanto Alberto como yo traíamos la reciente experiencia de los movimientos estudiantiles del 68. Él en Italia, yo en México. Compartíamos, pues, el desencanto y la frustración frente a las viejas estructuras de poder que siguieron imperantes con algunos cambios que no pasaron más allá de la democratización de ciertos conceptos dominantes, como esa dicotomía entre las denominadas “alta” y “baja” cultura. Si cabe la palabra, diré que el azar nos había

hecho coincidir en Varsovia que, para sorpresa nuestra, también había pasado por la experiencia del 68 a raíz de que las autoridades prohibieran una obra después de su estreno en el Teatro Wielki, con el alegato de que era subversiva. Poco después, supimos del hostigamiento en contra de la población judía, y durante el invierno del 69 tuvimos noticia de la dura represión que habían sufrido los obreros en el norte de Polonia por sus demandas de mejores condiciones de trabajo. Así, en forma por demás precipitada, comenzábamos a descubrir la verdadera fisonomía del llamado “socialismo real”.

En nuestras respectivas áreas de interés académico éramos unos inconformes siempre dispuestos a ejercer la crítica sin caer en el dogmatismo que afectaba a la mayoría de los estudiantes extranjeros, especialmente los del denominado “tercer mundo”, que llegaban al país de Gomułka con la idea de que habían franqueado los límites del capitalismo. Conversaba con Alberto que un matrimonio brasileño, al desembarcar en el puerto de Gdańsk, había destruido el poco dinero que traía con la idea de que en los países socialistas la moneda era un lujo del capitalismo.

Alberto estudiaba un posgrado en Antropología, yo en Literatura polaca con especial énfasis en la obra del genial iconoclasta Witold Gombrowicz. Recién iniciada nuestra amistad, me dijo que era el primer mexicano que conocía, entreverando en nuestras pláticas palabras en francés, italiano y español. Cuando le dije que admiraba a escritores de su país, como Gabriele D’Annunzio, Giovanni Papinni y Curzio Malaparte, reaccionó de inmediato con un:



Alberto Guaraldo. Foto del archivo familiar

“¡Cuidado! Eran fascistas”. “¡No es posible!”, le dije. Entonces, él me dio una cátedra de literatura italiana, señalando aquellos autores que valía la pena leer. Coincidíamos en nuestra admiración por Cesare Pavese, cuyo suicidio ocurrió en un hotel de Torino, el cual me mostró Alberto la primera vez que visité la ciudad.

Uno de nuestros temas constantes era la peculiar realidad polaca que, desde nuestras respectivas ópticas, nos parecía con frecuencia insólita por la conjunción de lo absurdo y lo trágico, la resignación y la inconformidad, el anacronismo y la elegancia de las jóvenes polacas, el materialismo y el catolicismo nacionalista, la cultura

de Estado y la libre expresión en las artes plásticas y escénicas, el desprecio por la Unión Soviética y la admiración por la mitología occidental. Toda esta amalgama de elementos, para nosotros dispares, era objeto de extensas disertaciones sobre lo que considerábamos contradicciones flagrantes en un país que era parte del bloque socialista, pues comunista nunca lo fue.

A diferencia de otros estudiantes extranjeros que cuestionaban con rigor el sistema, dando por hecho que los polacos eran unos reaccionarios, Alberto y yo vivíamos esta realidad como si nos hubiésemos sumergido en una obra literaria, intercambiando siempre opiniones, comentarios escuchados, noti-

cias propaladas por Wolna Europa –una estación radial que se encontraba en Alemania y que transmitía propaganda anti-comunista a toda hora con locutores polacos que habían salido del país (ahora esa radioemisora se llama Radio María, de ultraderecha)–. Nuestros lugares habituales de encuentro para este intercambio eran el café Harenda, próximo a la Universidad de Varsovia, donde se concentraban estudiantes extranjeros y polacos, en los bares *mleczny*, en los cuales con poquísimos dinero uno desayunaba hasta hartarse; o por la noche, en un pequeño quiosco cercano a la estación central donde siempre pedíamos *kielbasa na goronco z musztardą* con rebanadas de pan y una cerveza. “La mejor salchicha con mostaza que he probado”, decía Alberto paladeando cada bocado. Y tenía razón, era un platillo fuerte para obreros y noctámbulos. En ese pequeño espacio, alrededor de nuestra minúscula mesita, captábamos el latido de la noche varsoviaña a través del ruido de los destartados tranvías, de los autobuses urbanos atascados de gente, de los altavoces de la estación que anunciaban la entrada y la salida de los trenes, dando forma a nuestros proyectos y, por mi parte, desahogándome de mis penas de amor por una muchacha. Todo formaba parte de esa atmósfera para nosotros insólita que yo nunca volvería a encontrar en otro país.

Conforme el tiempo pasaba nos fuimos adentrando en el conocimiento de Polonia mediante las lecturas y los viajes que hacíamos a provincia. Alberto por su lado, yo por el mío. Después, cuando volvíamos a encontrarnos, intercambiábamos nuestras experiencias de viajeros. Recuer-

do mi asombro la vez que me di cuenta de que en un pueblo aún usaban el ábaco en lugar de la calculadora o aquella ocasión en que leí en otro pueblo una frase de Cortázar escrita en un paredón. “No quiero irme de este país –le decía a Alberto–, ya soy parte de esta fauna”, y él reía de buena gana.

Como antropólogo, le interesaba el folclor y los antiguos vestigios polacos. Compartíamos el gusto por los castillos medievales, las iglesias barrocas, la música típica, la variedad de vodkas, los alimentos de la cocina regional, los trajes y los bailes típicos de los lugares que visitábamos. Tema central de nuestras conversaciones era la convivencia del socialismo y la religión. Para los polacos, el catolicismo es parte inseparable de su identidad nacional. Su historia corre al parejo de la fe. Comparábamos el papel histórico que jugaba la Iglesia polaca en los conflictos nacionales con el triste desempeño de las Iglesias italiana y mexicana, que en momentos críticos han estado del lado de los apátridas. En cambio, la clerecía polaca alentó el espíritu nacional y preservó la cultura y el idioma en los años de la dominación del imperio austrohúngaro, del periodo soviético y de la Alemania nazi. Desde nuestras respectivas posiciones, reconocíamos el humanismo y la actitud defensiva de esa Iglesia militante que continuó con sus prácticas litúrgicas durante los años del socialismo, contrario a las falsas noticias que Occidente esparcía sobre lo que se dio en llamar “la Iglesia oprimida”.

Con la objetividad que marca la distancia, advierto que Alberto y yo nunca entramos en polémicas ríspidas que distanciaran nuestra amistad, como suele

suceder cuando se tocan temas políticos. Era una relación basada en el común acuerdo porque nos unían gustos e intereses comunes, como la literatura, el cine, la música, la historia; en otras palabras, el afán por las humanidades y nuestra posición crítica frente a la realidad. Por esto mismo, reconocíamos a Camus y Sartre como líderes del existencialismo, independientemente de que estuviéramos a favor de Cuba y de los movimientos de liberación de otros pueblos, que por ese entonces estaban en franca lucha contra el imperialismo norteamericano, como era el caso de Vietnam y de varios países africanos.

Los recuerdos son como caballos desbocados a los que hay que jalarles las riendas para frenar su carrera o como una avalancha que empieza a precipitarse por la pendiente de la memoria. De alguna forma levantamos un dique para evitar que la nostalgia nos rebase. Intento concluir mi intervención sin entrar en mayores detalles, los cuales corresponderían más bien a un periodo posterior, de cuando Alberto decidió venir a México a profundizar sus estudios de antropología y eligió Xalapa como un ambiente propicio, tomando muy en cuenta la relevancia de la Universidad Veracruzana en el campo de los estudios antropológicos.

Me basta con agregar que compartimos una época en la que aún era posible creer en el optimismo. Todos esos recuerdos se irán diluyendo en el espejo esmerilado del tiempo. **LPyH**

Mario Muñoz es maestro de tiempo completo en la Facultad de Letras Españolas de la UV. En su tiempo libre escribe cuentos.